

## **Blues en la Poliversidad en 2049**

Omar Gasca

A la memoria de Lygia.

Ahora llovía, ahora no, siempre sí, que no, que sí.

Era uno de esos muchos días en que el clima generosamente nos hacía vivir el verano y el otoño, la primavera y el invierno, en ese orden, de la mañana a la tarde, descomponiendo a la larga el sistema termodinámico de la chaqueta.

Estaba empapado, o quizá nada más los tenis y un poco el pelo. Y eso que ya estaba en la unidad 218 que había pasado por mí. Tal vez era la pura sensación. ¿O era sudor? Porque, ¿cómo un calor de cuarenta y algo grados cuando por acá hace apenas diez años andábamos en veinte, veintidós, casi siempre? ¿Y con lluvia? Bueno, uno se acostumbra a la incomodidad, cómo no, y a la intermitencia o alternancia de los opuestos que, como quiera, hay que verlos como complementarios a fin de no interpretar el mundo como una fregadera.

Ah, el mundo, cómo ha cambiado: las tecnologías exponenciales, la levitación controlada, el clima extremo, el fin del trabajo, la desaparición de la enseñanza de la escritura a mano desde 2030, entre 18 000 y 55 000 especies extinguidas anualmente en los últimos 30 años, el colapso económico mundial desde mayo de 2018, la miseria de muchos, los viajes en el tiempo, las migraciones y los desplazamientos forzosos...

En eso venía pensando cuando antes de bajarme del vec metí mi tarjeta Prepagotaxi en la ranura y el sintetizador alófono reaccionó: “gracias por su preferencia”, y abrió la puerta. Seguramente de ahí se fue directamente a la electrolinera pues debió gastar mucha energía en el trayecto, gracias al exceso de vecs. La energía solar falla a veces y la geodésica es para las casas, las industrias y los edificios. Me da risa: la actividad de los robots, sus derechos y responsabilidades se formalizaron en 2025 y una de las cosas que están prohibidas es “pedirles propina en las electrolineras”. ¿Quién les iba a dar?

Descendí, entré a la poli y caminé a la cafeáula que, debo decir, es el espacio que sirve para las voluntarias sesiones presenciales de Bloque Común, el conjunto de las pocas experiencias obligatorias junto con aquéllas que se copiaron del *Trivium* medieval: Lógica, Retórica y Poética, que refieren a saber pensar, saber decir y saber sentir.

Sí, ahora sí que hemos dejado atrás el positivismo y de otro lado esa idea de universidad como el espacio que monopolizaba el conocimiento, legitimado por sí misma, o sea por unos que salieron de ella para certificar a otros que salieron de ella. Para mis adentros tarareo la de Jaime López: “Ya chole, chango chilango, que chafa chamba te chutas...”

Creé mi pantalla y ordené que se reprodujeran en ella kinéticos de *blues*. Es bueno que cualquier superficie sirva de pantalla desde el 2025 gracias a los esfuerzos de Intel y el MIT, que experimentaron desde hace años con proyectores y lámparas-robot que hoy ya despliegan contenido en el aire con buena calidad.

Dicto o, más bien, pienso. Y proyecto. Mientras, ejercito con una pelota de realidad aumentada en cada mano.

A la cafeáula se puede venir de vez en cuando para verse con alguien, para discutir algún tema o para usar los equipos procesadores que, con un costo de mil dólares y desde el 2035, tienen la misma potencia de procesamiento que la capacidad cerebral de todos los habitantes del planeta.

También se viene a jugar *pingpong* o ajedrez o para practicar *gamification* o ludificación mediante alguno de los videotutoriales con los que se puede aprender cualquier cosa si uno llega al nivel diez, lo que puede llevar días, semanas o meses de acuerdo con la experiencia, cultura e inteligencia del jugador, del consciente, y de su *chip*, por supuesto. Hay que decirlo: en promedio un *chip* personal tiene una capacidad de 190 terabytes.

Una ventaja de la cafeáula: el aire acondicionado. Ni calor ni frío. Desde la segunda década de este siglo, alrededor de 2015, la Reforma Energética logró que la energía eléctrica y el gas subieran muchísimo de precio. Desde entonces hay que ser rico para tener aire acondicionado en casa (o emplear el dispositivo electrónico con que el consumo propio furtivamente se traslada al medidor de un

vecino. Bueno, eso no se vale). La energía solar funciona pero no en donde vivo, ni aquí, y la energía del punto cero no se ha desarrollado del todo.

Las disciplinas forzosas de Bloque Común, todas desarrolladas en línea o sin conexión en procesadores propios o de la poli, son Historia de la Cultura; Bioética; Biónica; Cocina Lúdica; Etología; Deontología; Civismo y Ciudadanización; Matemáticas; Diseño de Algoritmos; Convivencia Incluyente; Arte Sociedad y Cultura; Dibujo Expresivo; Palabra y Expresión, y una o más de estas tres: Música, Baile o Deporte. La idea es buena, la había planteado Córdoba Mayor de Parra desde 1974 sin que le hicieran entonces mucho caso: “si no tocas un instrumento o no bailas o no haces alguna clase de deporte no tienes noción de ritmos, secuencias, lógicas espaciovisuales, relaciones de tiempos y movimientos que son capaces de contribuir a incrementar la comprensión de casi cualquier cosa”. Baile, deportes y ejecución de instrumentos se aprenden en casa o donde sea, pero también en el anexo de la caféaula, al aire libre, donde por cierto hay una buena cantidad de extraordinarios cultivos verticales, que son los únicos permitidos en zonas urbanas.

Lo demás es “a la carta”: doce o más materias escogidas por el consciente, siempre que el conjunto sea pertinente a un objetivo y al diseño de una LC a la que, por cierto, el consciente le pone nombre, con alguna supervisión. El nombre importa casi nada, porque hace unos años se eliminaron los títulos. De paso hay que decir que, hasta hace poco, unos veinte años, cuarenta por ciento de los egresados de escuelas públicas o privadas no eran aptos para ejercer lo que estudiaron. Y, bueno, en 2012, el doctor Kaku Michio, el físico teórico estadounidense, decía que Estados Unidos tenía uno de los peores sistemas educativos conocidos por la ciencia. Sí, sí, Estados Unidos.

Excepto en casos como Medicina, Ingeniería Civil y algunos otros, que sí se certifican, los egresados de la poli son calificados, reconocidos y requeridos por la sociedad, por la gente, y el que la hace la hace y el que no, no. El prestigio no proviene más de un papel. Total, antes, ¿cuántos médicos eran recomendables? ¿Cuántos arquitectos? ¿Cuántos diseñadores? ¿Cuántos psicólogos? Sí, de todos los titulados y muchas veces con posgrados, había que

encontrar, uf, a los pocos buenos. A ti, a él, les pregunto: ¿cuántos maestros buenos tuvieron? Buenos, buenos de verdad. Buenos como el doctor Mauricio Beuchot, sí, el fundador de la Hermenéutica Analógica.

La cadena era un chiste, la Primaria mal pero la pasaban y luego la Secundaria igual y así lo demás. Al llegar a la universidad, con deficiencias enormes, los profesores, sí, claro, con excepciones y hasta notables pero pocas, enseñaban y, peor, malenseñaban algo que no conocían más que de oídas. Un arquitecto, por ejemplo, terminaba la carrera quién sabe cómo, hacía una maestría y luego un doctorado y a la primera oportunidad concursaba por una plaza de tiempo completo para impartir, por ejemplo, Diseño Arquitectónico, entre otras experiencias de aprendizaje. Pero ese profesor, que ganaba el puesto gracias a sus títulos, nunca había hecho una barda, siquiera. Daba clases y luego examinaba y revisaba, pero no sabía, asunto común, y por supuesto tampoco sabía si el alumno sabía o no. Si, por ejemplo, no sabes que “halla” lleva hache, cuando revisas un texto y encuentras la frase “allar la solución”, te parecerá que está bien. Algo peor: quien enseñaba Diseño podía ser alguien con licenciatura en Veterinaria, maestría en Derecho y doctorado en Políticas Públicas. En el concurso por la plaza, el doctorado pesaba más que la lógica, el sentido común y la formación de los alumnos.

¿Por qué de todos los que pasaban las materias y se titulaban, había que escoger a los buenos? ¿No se supondría que si todos aprobaron el plan de estudios, todos debían ser buenos? ¿Nunca fuiste a un mal dentista? ¿No te encontraste frente al hecho de que varios veterinarios no supieron qué le pasaba tu perro? ¿No te enteraste de varios países cuya economía fue pésimamente conducida por doctores en la materia?

Ah, ahora, sí, algo ha cambiado. ¡Por fin! Las LC en polis como ésta son algo como Ingeniería de las Ideas; Políticas de la Diversidad; Problemas de la Historia; Arquitectura del Pensamiento; Derechos de las Especies; Historia, Memoria y Ética; Administración de Recursos; Administración Ciudadana; Sociogénesis de los Valores; Sociología de las Redes Sociales; Mercadotecnia de las Disciplinas Creativas; Sistemas de Creencias; Ciencias y Artes de la Innovación; Transciencias; Neociencias; Neurociencias; Problemas Éticos y Estéticos; Políticas

epistemocráticas; Diseño de Inteligencia; Epistemogogía; Arte, Ciencia y Técnica; Psicogénesis de las Relaciones Humanas; Políticas Reflexivas; Medicina Orgánica; Ciencia, Historia, Religión y Mito; Transdisciplina y Conocimiento; Poiesis y Autopoiesis; Administración Informática; Diseño 1D-D+; Economía y varias ingenierías y disciplinas médicas.

Sabiendo pensar, decir y sentir, esto es, Lógica, Retórica y Poética, el egresado puede dedicarse prácticamente a lo que sea. El consciente decide su plan de estudios, suscrito a unos lineamientos básicos, pero de un modo realmente flexible: la universidad a la carta que, por cierto, cambió de Universidad a Poliversidad, a la que puede inscribirse cualquiera que sea evaluado como competente para el efecto, al margen de su formación previa, edad, sexo, raza, orientación política y ubicación, porque toda la formación puede ser virtual. Bueno y, sí, el análisis biométrico para crear su "Identidad de Acceso": las huellas dactilares, la voz, la retina y el iris son, alternativamente, durante su estancia en la poli, la credencial de acceso a servicios en línea, a las instalaciones y a los equipos procesadores que hay en ella. No hay falla. Bueno, hay que decir que, desde 2030, se vienen implantando microprocesadores en el cerebro; de hecho, con ellos "aprendemos" uno, dos, tres, cuatro idiomas aunque, para qué. Desde 2020 las traducciones del habla en tiempo real son casi casi perfectas gracias a un micro o nano procesador portátil. Desde ese mismo año, por cierto, todo, absolutamente todo, está conectado con todo y la nanomedicina cura casi todo, menos la corrupción, la soberbia, la impunidad, la desigualdad y la avaricia. En esa misma década y sobre todo gracias a una absurda decisión del presidente Trump, la brecha entre ricos y pobres alcanzó su peor momento en el mundo.

Pero hablaba del *MicroP*, del *chip*. Los equipos lo escanean. Si no tienes uno, la poli te lo implanta. Es muy barato. Tiene un diámetro de dos milímetros. Tenemos también el *headset*, la diadema que lee las ondas cerebrales y las reprocesa. Permite comunicarse con cualquier dispositivo informático simplemente pensando en lo se que quiere. Se llama *AlterEgo* y lo creó el MIT en 2018.

Gran parte del trabajo de los asesores de la poli consiste en atender consultas y evaluar planes y programas propuestos por los conscientes. No hay calificaciones: sabes o no sabes. No hay exámenes. La evaluación concluyente es una y se lleva a cabo cuando el consciente manifiesta que está listo para ella. Dos, tres, cuatro, cinco años; depende del consciente. La evaluación la efectúa un jurado compuesto por cinco reconocidos competentes, mismos que en su momento conocieron, matizaron, encauzaron y aceptaron el plan y el programa de estudios del consciente y el nombre que le puso a su carrera, que por cierto se conoce sólo como LC, es decir, Línea de Conocimiento. Los asesores pueden proceder de la poli o ser autodidactas, porque lo que decide que actúen como tales es el Principio de Epistemogogía: guía, porque no es que enseñe, sólo el que sabe, no importa de dónde obtuvo su saber. Se aprende con base en preguntas: cómo se hace o a qué conclusiones lleva o cuál es la respuesta. Univocidad y equivocidad se oponen dialécticamente hasta hallar uno o más resultados para la cuestión. Se pretende aprender, se busca saber, pero sobre todo el bien útil, el bien deleitable y el bien honesto. Analizar, sí, pero más bien interpretar, aunque más bien “crear” la realidad en sus distintos aspectos. Se emplea la fórmula *SCAMPER* para todo resultado, la técnica de desarrollo de ideas que propuso Bob Eberle en la segunda mitad del siglo XX: sustituir, combinar, adaptar, mover, poner en otros usos, eliminar o rehacer. Productos, técnicas, procesos, ideas... Todo pasa por ese filtro. Chingón, ¿no?

La poliversidad, por otro lado, puede admitir cualquier cantidad de conscientes, porque poco a poco ellos también se vuelven asesores de otros, además de operar todo el tiempo como una red *peer-to-peer*, una red de pares: p2p. ¿Quién paga? El modelo de negocio, de negación del ocio: neg-ocio, que imagina, crea y propone cada cual con ayuda de los asesores.

Hasta la segunda década de este siglo habían sido recurrentes los atavismos doctrinarios y la verticalísima y tramitológica burocracia orientada a privilegiar los indicadores y la forma en lugar del contenido, antes de preguntarse para este siglo y los que siguen acerca de los conocimientos necesarios, indispensables, las capacidades básicas y los valores que la escuela debía privilegiar para conectar con

la realidad y para proponer mejores realidades. Sencillo: qué, cómo y para qué aprender, pero olvidando las anacrónicas rigideces positivistas y relegando conceptos como el “crédito”, esa unidad de medida de quién sabe qué, que en realidad se concebía, sobre todo después del Tratado o Proceso o Declaración de Boloña, como un referente para facilitar el intercambio o la movilidad de los estudiantes de un país a otro: “si tú estudiaste tantas horas y por lo tanto tienes tantos créditos, entonces satisfaces el requisito común a las universidades del mundo”. Eurocentrismo, nomás. Claro que es interesante el solo nombre: “crédito”, del latín *creditus*, a su vez sustantivación del verbo *credere*, creer. “Somos aquello en lo que creemos”, decía el escritor Wayne W. Dyer. Bueno, hablando de creer y muy a propósito del tema, hay que acordarse también de Nietzsche: “Todo el que disfruta cree que lo que importa del árbol es el fruto, cuando en realidad es la semilla. He aquí la diferencia entre los que creen y los que disfrutan”. ¿Se entiende? Me refiero a entenderle en el terreno de la educación. No sé, es como aquella frase: “No son los besos los que se disfrutan, es el amor que se nos entrega a través de ellos”.

Creo que el café me pone romántico. ¿O será el *blues*?

Vienen a mi mente ahora, con esta taza de café enfrente, café de verdad, café de San Marcos, aquellos libros de texto con casi 120 errores: “arrollo” en vez de arroyo, “ocaciona” en lugar de ocasiona; “alberges” a cambio de albergues, “exijen” y no exigen, “elije” y no elige... Claro, eso a nivel Primaria pero, por años, tanto en la escuela pública como en la privada, con excepciones, insisto, el nivel iba de malo a regular, o viceversa, y así cada ciclo hasta llegar a la universidad. Tanto que ésta un día se inventó impartir Lectura y Redacción, como si dijera: “te recibo como alumno universitario pero reconozco que no puedes ser un alumno universitario porque no sabes leer ni escribir”. Pero, insisto y reinsisto: así llegaban los alumnos que se hacían licenciados y maestros y doctores, que a su vez formaban a otros que formaban a otros. Benditas las excepciones, claro.

Años y años pasaron para cambiar. Morin y otros venían insistiendo en cambios necesarios y urgentes, desde la segunda mitad del siglo XX. Ahí están la ideas de José Córdoba Mayor de Parra, de María Asa y por ejemplo el videoensayo

de Pablo Boullosa que intituló *El colmo de la escuela es no aprender*, que también se publicó en la revista Ninguno menos uno de Olmos Vargas y G. Córdoba en marzo de 2018.

La escuela no es todo, ya sabemos, y muchas veces es menos: David Ogilvy es uno de los nombres más famosos de la publicidad. Fue a lo largo de su vida cocinero, vendedor, diplomático y granjero; Salvador Allende, el estadista asesinado, era médico; Ronald Reagan, presidente de los poderosos Estados Unidos, fue un actor, no muy bueno, por cierto; Juan José Arreola se formó más bien como actor; Edison era telegrafista; Van Gogh no hizo estudios formales de pintura. Todo parecería indicar que no siempre hay que estudiar una cosa para dedicarse a esa cosa y para muestra hay que ver a los secretarios de Estado, no siempre como ejemplos felices, por cierto. Pero, decía: otros más no dependieron de la escuela: Dickens, H. G. Wells, Faulkner, Twain, Bernard Shaw, Bradbury, Kerouac, Leonardo da Vinci, Borges, Saramago, Woody Allen, Kubrick, Tarantino, Zappa, Basquiat... ¿Entonces?

Sin escuela, la mayoría no podría formarse ni adquirir una especie de capacidad por sí misma, decían y dicen todavía algunos. ¿En serio? ¿Te cae? ¿Según quién? No recuerdo si fue en su libro *Educación, Política y Economía* o en alguna otra parte que José Blanco escribió:

...queremos seguir sosteniendo nuestro modelo napoleónico de universidad, según pensó el orden del conocimiento el positivista Augusto Comte: organizar la universidad por carreras que se ocupan de un trozo del mundo natural o social, y hacer de ellas licenciaturas: abogados, médicos, poetas, literatos, físicos, químicos, biólogos, matemáticos, danzantes, arquitectos, ingenieros, economistas, sociólogos, politólogos, veterinarios, filósofos. Y mineralizar ese estado de cosas hasta creer que pertenece al orden de la naturaleza.

Mineralizar, ja. Hacer de sus visiones, sistemas, métodos, trámites, reconocimientos e indicadores una verdad de piedra. Pero, ¿de dónde? ¿De parte de quién? Así como la razón científica de Comte normaba, reducía y sujetaba todo al conocimiento científico, hasta hace algunos años la universidad



reglamentaba, evaluaba, reducía y sometía a su único arbitrio la seguridad, la precisión, el rigor y la certificación de los estudios, claro, sólo los llevados a cabo al interior de ella.

Fue el profesor Appleberry quien en los años 90 difundió, sobre todo a través de la Unesco, que el conocimiento se duplicó por primera vez, en nuestra era, en 1750, después, en 1900, más tarde, en 1950; hacia fines del siglo XX, cada cinco años y que, para 2020, ocurriría cada 76 días. ¿Quién puede apropiarse el monopolio de la certificación del conocimiento?

Desde el siglo XVIII hasta nuestros días, peregrinamente la universidad se convirtió en el lugar por excelencia y *por defecto* de la educación, esto es, el ámbito ampliamente aceptado y delimitado que decide cuál es el conocimiento válido, cuál es la forma correcta de adquirirlo y en cuánto tiempo. Pues, ¿qué te traes? Nada más hay que ver cómo, a pesar de la diversidad y complejidad de sus distintos contenidos o saberes, el estudio de las licenciaturas en Ingeniería, Derecho, Publicidad, Filosofía, Fotografía, Física, Administración del Tiempo Libre, Diseño, Química o Educación Física, por ejemplo, extrañamente requería casi del mismo número de horas. ¿No era raro?

Había dicho Boullosa que “muchas características que pensamos que son intrínsecas a la escuela, como la división en horarios y materias, o como las calificaciones y los grupos por edad y no por destreza, tienen un origen claramente militar”. El mismo autor señaló que “apenas y hemos variado el método que Napoleón copió de Prusia, que lo había aplicado primero a sus soldados y después a sus súbditos”. ¿Cómo es que no queríamos ver esto? ¿O es que sí lo veíamos pero era conveniente no cambiar? Ciertamente, como Pablo Boullosa decía, muchos querían ver en la escuela “a un gran igualador, cuando el mundo lo que reclama es personas con habilidades e intereses diferentes, capaces de pensar y de actuar de manera autónoma, y al mismo tiempo capaces de cooperar a escalas local y global, y con más deseos de aprender por cuenta propia que de obedecer instrucciones vertidas desde arriba”.

Hace años que resultaba evidente que el currículo escolar no podía abarcar todo lo que es necesario aprender en los planos personal, interpersonal, social,

profesional, político, ético, económico y cultural, pero nada o muy poco se movía. Por eso, el mismo autor proponía que:

Una de las primeras cosas por las que deberíamos comenzar es rompiendo el monopolio simbólico que la escuela y la universidad ostentan sobre el aprendizaje. Se puede y se debe aprender fuera de los salones de clase. Aprendemos en la calle, en la casa, en los museos, en los teatros, en los gimnasios y, por supuesto, en los libros. La escuela es sólo una opción, una más de las alternativas que existen para aprender.

Sobre qué, para qué y cómo instruir eran las preguntas, ¿no?, cuyas respuestas involucraron en algún momento a la universidad, a las autoridades, por cierto, no a los profesores, y menos a los jóvenes, a las familias, a los empresarios, a los profesionales, a los vecinos, a los empleados, a la señora de aquí a la vuelta, a la sociedad, pues; una imperdonable omisión frente a los grandes y acelerados cambios tecnológicos y sociales y de cara a la incertidumbre universal y al fin del trabajo que atañe a todos.

Lo sabíamos pero no había cambios: el mercado laboral vino transformándose a paso veloz gracias entre otros factores a la innovación tecnológica, y la escuela, aun con los pequeños cambios que eventualmente realizaba, vivía aumentando la asimetría, la desigualdad con respecto a ese hecho. Pero, bueno, ya hay algunos cambios, tardíos, pero cambios al fin, aunque la crisis del aprendizaje es mundial y sigue todavía. Hay que pensar más y mejor para ponernos en paralelo con los avances y los cambios, lo que no está fácil.

Viene funcionando muy bien en la poli, aunque lentamente, la *Teoría del Equilibrio* de Córdoba Mayor de Parra: “Nada puede operar suficientemente bien si no hay equilibrio integral, idea que hay que conquistar a pesar de los escepticismos”, sería la propuesta. La inteligencia artificial, la cibernética, la nanotecnología y la robótica, más temprano que tarde suplirían muchas capacidades del ser humano, reduciéndolo a un estado contemplativo de la realidad, a menos que equilibráramos. Córdoba Mayor de Parra hablaba, por ejemplo, de reducir la desigualdad social; reducir la jornada laboral para que

hubiera más trabajo para todos; hacer uso de todas las tecnologías de punta pero combinándolas con la mano de obra; chatear mediante dispositivos pero también conversar de frente; internet para todos y en todas partes, pero también infotecas; imprimir en 3D pero meterle también mano al barro, a la plastilina; trabajar pero jugar y mucho; vivir no más de 80 años, pero bien, no 85, 90 o más entre médicos y medicinas y ocupando más tiempo los puestos de trabajo; más investigación; más afecto por los que aprenden; salsa de lata o de envase de cartón o de licuadora, pero también de molcajete o algo parecido; aire acondicionado pero también aire aire; realidad virtual, realidad aumentada, pero también realidad real: banqueta y asfalto pero también tierra y pasto y playa y mar; libros digitales, pero también de papel recompuesto, con ricas portadas y buen olor a tinta inactiva. ecoeficiente, de resinas vegetales; cocina molecular al estilo de Hervé This y Nicholas Kurti, pero también un buen filete, una ensalada; ciencia, pero también arte; Mozart y algún bolero; adiós a la cocacola, ¡carajo!; adiós a la diabetes; agua pero también vino; agua pero también café...

Café. Ah, mi café. Ya termino, apenas acabe mi kinético de la edición remasterizada del CBS TV Festival de 1966. The Blues Masters en vivo: Muddy Waters, Willie Dixon, Sunnyland Slim, Sonny Terry & Brownie McGhee, entre otros. Con este concierto olvidado, momentáneamente, que no hemos podido evitar el pavoroso desempleo, que la desigualdad es terrible y que iré al 2046 al velorio de un amigo que falleció hace 3 años, de lo cual no me enteré a tiempo.

¿Ya dije? Se viaja al pasado constantemente; al futuro no mucho porque hay que mantenerse aquí para construirlo.